

La obra maestra

Juan Rappelli es un hombre pacífico y parsimonioso. Cuando trabaja, está en el taller; cuando no, está en su casa. El no conoce de este grande mundo más que el camino aquel que sus pies huellan todos los días. Camina sin saber que camina, y sus piernas flácidas, cadenciosamente, mecánicamente, le llevan camino de su casa. Sin sentir sorpresa alguna, de pronto se halla en su pieza. ¿Quién lo trajo? Sus piernas. ¿Cómo vino? Con sus piernas. ¡Oh, sus sabias piernas!

Por la mañana, se levanta, se despereza, bosteza como un caimán, se viste sin reparar en ello, porque sus sabias manos, llevadas de la costumbre, lo hacen; luego se lava, se peina con los cinco dedos de su diestra y los cinco de su siniestra, engulle unos trozos de pan, bebe varias tazas de café y se echa a la calle.

Es día, claro día. Pero él no repara en la claridad inefable de la luz que el benigno Sol vierte desde el azul firmamento sobre la sordidez de la tierra. Para él es día porque se ve, aunque él ignora lo que sus ojos miran. Sigue el camino que anda todos los días. Vuelve sobre las huellas que sus pies dejaron la tarde del día anterior sobre las aceras polvorientas. El vive, pero ignora que vive y por qué vive. El existe, pero ignora que existe y por qué existe. Si alguien le pregunta: ¿Cómo se llama usted?, al punto responde con aplomo: "Juan Rappelli".

Hemos dicho que este hombre singular hace hoy lo que hizo ayer y lo que hoy, mañana, sin tener conciencia de lo que hace. Para corroborar lo dicho, añadiremos que por la tarde, cuando llega, sin saber cómo, a su casa y se encuentra de improviso en el reducido patio donde va y viene, ora buscando una sartén, ora llevando una silla, ora andando bajo el alero, sin saber que hace ni por qué hace lo que hace, se le ve coger un banco que hizo tiempo ha; lo saca al patio y se sienta en él orondamente. Al sacar el banco, trae consigo un paquete que contiene maíz. Abre el paquete y echa a pequeños puñados del contenido a unas pocas palomas que tiene. Ahí se está, pito en boca, hasta que se hace noche. El nota que es noche cuando no ve más las palomas. Entonces se le ve coger nuevamente el banco, caminar unos pasos y perderse en el ámbito negro de la pieza. El parpadeo súbito de un fósforo ahuyenta las sombras y luego una vaga luz que lentamente se acrecienta ilumina la pieza. Allí adentro come a mandíbula batiente, engulle, bebe y regüelda (perdona Quijote) hasta que el sueño se pasea por su frente y le hunde en el nirvana de un dulce sopor. Empieza a cabecear y ha cer visajes de mico hasta que se cae de la silla como un gran muñeco de pasta. El golpe que se da contra el piso le hace reaccionar momentáneamente. Se yergue tambaleando y mira con sus dos grandes ojos idiotas de topo soñoliento, las paredes imbricadas de su huérfana pieza en que las arañas tejen plácidamente sus redes y medran a costa de las incautas moscas que vienen a enredarse en las pérdidas urdimbres. Bosteza varias veces, y luego lentamente, cachazudamente, cabeceando siempre, sus dos sabias manos, llevadas de la costumbre, le desvisten, y, una vez desvestido, se echa en la cama, apaga la luz, y se duerme como un gran muñeco de pasta que una respiración tranquila de ogro castifecho agitación rítmicamente.

Don Juan Rappelli desde tiempo inmemorial viene trabajando de herrero en un taller. Merced al trabajo, como hombre pacífico y parmonioso que es, reunió en una caja todos los pesos y centavos que le fué posible economizar. Con estos pesos compró a un hombre desesperado un pequeño lote de terreno. Sobre éste hizo al punto edificar con un albañil, que hace edificios como un poeta hace sonetos, una humilde casita cuya sencilla forma es idéntica a las demás que hay en las inmediaciones: dos piezas grandes y dos pequeñas. Edificada ésta, dejó Rappelli de pagar alquiler yendo a vivir en ella y alquilando aún dos piezas a una respetable familia. Desde aquel fastuoso día don Juan tiene una preocupación difícil que le absorbe el poco seso que le queda en la mollera. ¿Pero qué preocupación es esa que le trae tan preocupado? ¡Oh, señor, es una preocupación enorme! Antes del fin de cada mes tiene que formular un recibo. Porque don Juan empieza a hacerlo el día veinte y seis. Cuando ese número muestra el calendario (los días sólo son para él números) se le ve venir con un block de papel

debajo del brazo. Entra a su pieza. Sale al patio. Se lava las manos. Torna a entrar a la pieza. Requiere la silla única que tiene. Acerca ésta a la mesa. Enciende la lámpara. Toma con su ciclópea manaza de herrero una lapicera. Coloca en el extremo de ésta una pluma enorme como una lanza. Sopa en un enorme tintero que ha puesto frente a él. Y así que ha llenado la gargantilla de la pluma con este borroneante líquido, con mano serena traza sobre el papel la primera letra que copia de un recibo que ha hecho el mes anterior; luego la que sigue y la otra, y, así sucesivamente, hasta terminar la primera palabra. Cuando ha terminado ésta, la pluma está cascada. Se oye entonces el ruidillo metálico de algo que ha caído sobre las baldosas del patio. Si se va a ver qué es, se encuentra una pluma. Don Juan emprende la tarea con más ahínco después de haber colocado otra pluma. Se torna a oír entonces el rasquear de otra víctima que pronto irá a parar al patio como la primera, y tras ésta, otra, otra. Y así que termina su obra literaria, pone sobre ella cuidadosamente un pedazo de papel secante, y sobre el papel secante, el tintero y junto al tintero la lapicera. Después, cual los otros días, come, bosteza, regüelda y se duerme junto a la mesa. ¡Hasta mañana!

Llega el día primero del mes como los demás días para nosotros los mortales; pero ninguno sentirá, a fe, en este día, la fruición canibática que sacude la naturaleza adormecida de don Juan. Con un papel blanco, muy blanco y terso, muy terso, con caracteres jeroglíficos trazados sobre él, a fuerza de sudar el quilo, se presenta ante el estirado inglés que ocupa parte de su casa. Hace una genuflexión jiráfica, alarga el brazo y presenta con mano vacilante su obra maestra, su obra maestra que representa el valor de treinta pesos y es el trabajo desesperante de un hombre que se ha sacrificado durante seis días en crearla, dicho sea, en fabricarla; el trabajo de un hombre que se ha torcido los dedos, que ha roto diez lapiceras, cien plumas, que ha emborroneado un block de papel y gastado un litro de tinta.

Carlos E. KRUGER.

Almuerzo frugal

En cierta ocasión se fué solo el rey Victor Manuel III de caza a las montañas y mató una gamuza. El animal rodó y fué a caer a lo hondo de una grieta del terreno. Entonces se dirigió al rey un mozo que andaba por allí y se ofreció a ir por la pieza.

—Bueno—dijo Victor Manuel;—aquí le espero.

- ¿Cuánto me va usted a dar?
- ¿Cuánto quiere usted?
- Una lira y la mitad de su almuerzo.
- Convenido.

El mozo regresó poco después cargado con la gamuza, y el rey, después de entregarle la moneda de plata prometida, se dispuso a partir su almuerzo. Pero el pobre aldeano se quedó desilusionado al ver que en lugar de ricos manjares, el cazador partió un pedazo de pan moreno y una cebolla cruda de grandes dimensiones, ante lo cual exclamó:

—Creí que era usted un señor, pero veo que es un pobre diablo como yo.

Nuevo sistema postal

Los suecos son gente honrada. Su gobierno lo sabe, y, por lo mismo, en ciertos puntos del país se ha establecido un sistema postal digno de la feliz Arcadia.

Cuando llega a los precitados puntos, que todos son puertos de mar, algún vapor correo, un marino encargado de la valija toma tierra y deposita la correspondencia destinada a aquel lugar en una especie de cajón sin tapa que hay en el muelle dispuesto para tal objeto.

Una vez entregadas las cartas al auxiliar de madera, el cartero se retira, y luego todos los habitantes de la población que esperan carta de fuera van a reconocer las que allí hay y se retiran con la que les corresponde, sin que jamás haya ocurrido que alguien se haya guardado una misiva destinada a su vecino.

Relojes de coco

El reloj más original del mundo es indudablemente el que se usa en ciertas islas del Archipiélago Malayo. Consiste en una nuez de coco hueca y con un agujerito. Se mete en una vasija llena de agua, y el líquido va penetrando lentamente por el pequeño orificio, cuyo tamaño está calculado de manera que el agua tarde precisamente



una hora en llenar la nuez. Todo el secreto del aparato reside en este detalle.

Tan pronto como el coco se ha llenado por completo, pierde el equilibrio y da una vuelta sobre sí mismo, chocando contra el fondo de la vasija y produciendo un ruido sonoro, que avisa a los habitantes de la casa que han transcurrido sesenta minutos. Inmediatamente se pone en el agua otra nuez vacía, y mientras se saca la que está llena, se vierte su contenido y se deja secar para volver a usarla.

La Mano Negra

Vuelve a ser de actualidad el título de la lúgubre asociación, con motivo de la singular odisea de Domingo Modesto, jefe supremo de aquella, y a quien la policía de los Estados Unidos acaba de entregar a las autoridades italianas.

Domingo Modesto abandonó la Calabria hace veintidós años, para intentar hacer fortuna en América, y a su llegada a New York se enroló en las filas de la famosa agrupación de malhechores.

Domingo residía en los mejores hoteles, frecuentaba los más lujosos restaurantes, asistía a los teatros y paseos y era el jefe soberano de una asociación de veinte mil individuos repartidos en las principales ciudades norteamericanas. Fué Domingo quien amenazó a Rockefeller con robarle

su hijita si no le entregaba 50.000 dólares. El golpe fracasó gracias a la sangre fría del célebre millonario.

Hace poco, Domingo regresó a su ciudad natal, y al saber que su esposa, creyéndole muerto, se había casado con el hermano del bandido, presentóse ante ellos realizando una salvaje venganza.

Después, volvió a los Estados Unidos para continuar su vida de crímenes.

La policía yanqui logró al fin arrestar a tan peligroso individuo y hace pocos días lo entregaron a las autoridades de Nápoles.

El proceso está a punto de ser llevado a la Audiencia.

Paraguas de cristal

A cada momento hallan los inventores alguna nueva aplicación para el cristal.

Gracias a un sistema que permite hilarlo y tejerlo como si fuera seda, hoy podemos disponer de paraguas cristalinos que ofrecen muchas comodidades.

El tejido es transparente, por cuya razón los rayos del sol pasan perfectamente a través de él, y de nada serviría una sombrilla del nuevo tejido. Pero con los paraguas ya es otra cosa. Entre otras ventajas poseen una inmensa, que es la de permitir hacer frente al viento y a la lluvia, sin que impidan ver lo que pasa ante los ojos, como ocurre con los paraguas comunes.



Médico: No hay peligro, Señora; un tubo de Pulveol en una taza de café frío le restablecerá instantáneamente.

Pasaron los tiempos de los purgantes desagradables. Con Pulveol toma Ud. el puro aceite de castor en forma de polvo, pero sin el menor sabor ni olor de este último; es el purgante ideal para todos.

EN TODAS LAS FARMACIAS DEL PAIS